



Formosis levitas semper amica fuit.
Las bellas gustan de ligereza y variedad.
 PROPERC. eleg. 13.

CORREO

De las Damas.

La Gaceta extraordinaria del 29 de setiembre, y despues de ella el lúgubre clamor de las campanas y el estampido del cañon han anunciado súbitamente al pueblo de Madrid, cuando menos lo esperaba, la infausta nueva del fallecimiento de su Monarca. Un repentino ataque apoplético complicado con la enfermedad habitual de S. M., que tantas veces habia llenado de pavor á los buenos españoles, y que señaladamente el año pasado por este mismo tiempo estuvo para exponer en el Real Sitio de S. Ildefonso la suerte de la España toda, lo ha arrebatado á sus vasallos á las tres menos cuarto de la tarde del dia 29. Dificilmente se intentaria buscar en la larga lista de

los reyes que puede presentar la historia á la memoria de las generaciones futuras un nombre que mas recuerdos grandes envuelva en sí que el de FERNANDO VII. Largo reinado, lleno empero de notables alternativas, ha sido el suyo. Disturbios interiores y una abdicacion le adelantaron el tiempo de ocupar el alto puesto á que habia nacido destinado: pero la vida política de Fernando empezó ya sufriendo contradicciones, que no es el momento ahora de recordar. Una invasion perfida vino á interrumpir su dominacion; y expatriado y preso FERNANDO, solo le quedó al pueblo español su nombre. Pronuncióle Madrid en el célebre mayo, la nacion toda se alistó bajo las

banderas de la independencia, y el amor á su Monarca no fué lo que menos vigor le dió para la larga lucha que sostuvo con heroísmo. Ningun rey ha recibido de sus pueblos tantas y tan incontestables pruebas de amor y sincero vasallage. Restituido FERNANDO á la patria preparábase el destino nuevas contradicciones que vencer: el amor sin embargo de sus pueblos, la fiel obediencia de España á su real voluntad, la ciega confianza del país en su protección ha sabido desbaratar siempre ante sus pasos los obstáculos que en épocas críticas por todos lados se recrecian. Este FERNANDO, pues, que fue tan amado de su pueblo, es el que acaba de fallecer; y el sepulcral silencio en que yace envuelto Madrid, prueba hartamente la parte que todo el mundo toma en tan lúgubre acontecimiento. La Divina Providencia, sin embargo, que protege visiblemente á España, no quiso llamar para sí el alma del augusto FERNANDO hasta que quedase asegurado el porvenir de tan heroica nación. Dióle primero á CRISTINA, cuyo nombre solo encierra para un español todo el elogio á que puede hacerse una gran reina acreedora: concedióle después sucesión directa en un traslado fiel de CRISTINA, en nuestra amada Reina DOÑA ISABEL II. Hé aquí el gran consuelo que puede solo contrapesar tanta desgracia; hé aquí la gran compensacion de que no se manifestará ingrato al cielo ningun español. Nuestra felicidad queda cometida á aquella misma en quien delegó su poder para hacer bien su mismo Esposo en otra célebre y reciente ocasion, en quien le ponen hoy entero la Divina Providencia y la ley del Reino. ¿Habrá un español que dude en reconocer la señalada protección

del cielo, al considerar, en medio del dolor que tan justamente le ocupa, que queda su porvenir librado en manos de aquella que tomó las riendas del gobierno un momento, y las tomó para llamar al seno de la madre Pátria á sus desgraciados y prófugos hijos, con su decreto de amnistía, para anonadar y confundir en el único nombre de español, odiosas distinciones que nos dividian; para abrir de nuevo la puerta á las luces con el célebre decreto de la apertura de las universidades; para::: Pero nuestro estrecho periódico no bastaría á enumerar los bienes que en tan corto tiempo revelaron á la España el angel tutelar que en ella poseía, y que no habia tenido ocasion aun de conocer. Lloremos, sí, la muerte de FERNANDO; pero riegue su túmulo, entre las lágrimas de dolor, una lágrima de consuelo.

El *Correo de las Damas* no es un periódico político; pero ¿cómo guardar silencio en tan memorables circunstancias? ¿Cómo no derramar lágrimas sobre la tumba de un Rey á quien tanto quiso España? ¿Cómo no alzar la voz, si bien ahogada por los sollozos de la reciente pena, para aclamar á la ilustre Reina DOÑA ISABEL II y á la sábia *Gobernadora*, que tantas esperanzas hace concebir á la España desventurada? Dedicado este periódico al bello sexo, ¿cómo pudiera ni quisiera eximirse de rendir este sincero tributo de simpatía, de amor, de obligacion á las dos preciosas joyas de tan hermosa porcion del género humano? El será, por el contrario, el primero que siga sus ilustres huellas, y que repita á los españoles, con *dolor sí*, pero con *esperanza* al mismo tiempo: ¡Murió el Rey FERNANDO VII! ¡Viva la Reina ISABEL II!

El Maniquí.

HISTORIA INGLESA.

Mi amigo Chesterton es un pintor de los mas conocidos en Londres, y su habitacion está situada en una de las calles estrechas que se comunican entre el Strand y el Támesis. Adornan su gabinete caballetes, trofeos, cuadros, en una palabra, cuanto suele encontrarse en el taller de un pintor. Al echar una ojeada hácia uno de los rincones de la habitacion, no pude disimular un movimiento de sorpresa. De entre la oscuridad parecia tenderme las manos una figura humana envuelta en un manto blanco. «No te asustes, me dijo mi amigo sonriéndose, es un *maniquí* que me ha servido esta mañana para trazar un bosquejo de la *Aparicion* en la tienda de Bruto. Tengo fundada en él mi vanidad; esta pieza es hija en gran parte de mi industria;» y apartó el ropage que cubria el esqueleto. «Tú empiezas ahora á pintar, pero ya sabes que un buen maniquí es un mueble caro. Siempre tuve aficion á la mecánica y esto me sugirió la idea de hacerme con uno á poca costa. Pedíle pues á un estudiante de medicina un esqueleto en buen estado. Ignoro donde y como se lo agenció. Probablemente seria por medio de algun *resurreccionista*. (1) De todos modos es una pieza sólida y fresca. No parece haberle perjudicado mucho la humedad de la tierra. Por medio de unos alambres y resortes fijados en las articulaciones principales he conseguido hacerle tomar las posturas de que he menester, con tanta

(1) Llámase así en Londres á una pandilla de hombres que violan los cementerios de noche para robar cadáveres, y venderlos á los estudiantes de anatomía.

perfeccion como pudiera con cualquiera de los maniquies que nos venden hechos. Con algunas prendas usadas de mi vestuario he cubierto, como ves, su desnudez; y como el cráneo vacío me ofrecia un aspecto lúgubre, sobre todo cuando trabajaba de noche, le he cubierto con una máscara vieja y una antigua peluca de mi padre. Lo único que me incomoda es que el cuello está inclinado á una parte, como si aquel á quien perteneció hubiera sufrido en vida una violenta torsion: pero eso no tiene remedio.» Diciendo y haciendo, quitóle mi amigo la careta y la peluca, y ví en efecto un cráneo pálido y pelado que asomando por entre el ropage con su rostro hundido, sus ojos huecos, y su frente blanquecina, parecia representar la muerte de máscara, espectáculo, ridiculo á la vez y espantoso, pero que sorprendiéndome en medio de la oscuridad solo produjo en mí sensacion de asco y de repugnancia.

De allí á pocos dias quedé admitido de alumno en la academia real de Pintura, y en solemnidad fuime con dos amigos á celebrar tan fausto acontecimiento comiendo en una fonda de la Capital. Despues de haber bebido y bromado como jóvenes, separámonos á las once de la noche en las inmediaciones de Temple-Bar. Hallábame cerca de casa de Chesterton y como este hubisee contribuido no poco á mi admision, parecióme del caso entrar á participarle la alegre nueva, movido de la confianza con que podia ser recibido á cualquier hora en su casa. Chesterton no se habia recogido todavia; entré con todo en su cuarto, en cuya chimenea ardia un fuego animador, y gustando del incierto resplandor de la ondeante llama, no quise que me encendieran luz. Sentéme al lado de la chimenea y divertíame en contemplar las extrañas figuras y singulares combinaciones que producian en la pared y en el techo las sombras fantásticas de las sillas, ca-

*

balletes y modelos que me rodeaban. El brazo monstruoso de un Hércules cruzaba por el techo é iba á asir la pierna de una Venus, cuyas formas dilatadas y proporciones enormes parecían pertenecer al coloso de Rodas, al paso que una montera española de mi amigo se reproducía en la pared de enfrente como el casco gigantesco del *Castillo de Otranto*. A medida que el fuego se amortiguaba, fijaba yo atentamente los ojos en el hogar, buscando aquellas apariciones fantasmagóricas, aquellas quiméricas figuras de hombres, castillos, árboles y animales que gusta la imaginación crearse en las quiebras del carbon encendido. De allí á poco el último esfuerzo de la llama ofreció á la vista una flámula ligera, volteando y circulando como vivo y fugaz meteoro en el ápice de la masa ardiente, hasta que desprendida y desvanecida del todo, vi el edificio de las materias en combustión desmoronarse y hundirse con súbito estallido en el abismo hueco, minado por la lumbre; desapareciendo con él toda la aérea fábrica de mis grutas, castillos, templos, torres, y habitantes con que los poblaba mi fantasía, y disipándose todo en torno mio como las confusas sombras de un incierto sueño.

Habiendo interrumpido esta catástrofe el curso de mis observaciones, levantéme y púseme á la ventana. La noche era clara, pero fría. Brillaban algunas estrellas en el cenit; ocultábase la luna detras de la oscura mole de Westminster: bajaba la marea, y las olas negras refluían con vacilante reflejo y sordo rumor debajo de la ventana. Un barco me pareció deslizarse sin mas ruido que el monotonó y acompasado golpear de un remo sobre la superficie movediza del agua: algunos bultos negros distinguí dentro de él, y de allí á poco el barquero levantó la cabeza, y á la luz de un relámpago vile llegar los dedos á la boca y silvar. El chillido rebotó en el agua, y fue á morir

á lo lejos el eco agudo. ¿Pudo ser ilusión? Figúrosemé oír detras de mí y en el mismo cuarto la propia señal repetida, aunque debilmente, y como si el que hubiese respondido no tuviera lábios para articular, ni músculo *bucinal* con que lanzar el sonido. Parecíase el susurro aquel al que produce el aire colado por las rendijas de ventana mal cerrada. Miré, todo estaba sin embargo en perfecta calma y el maniquí en el rincon, inmóvil como una estátua, vestido siempre y en la misma postura acostumbada. Avergonzémé de mi pánico terror, miré de nuevo al rio, pero ya no vi el barco; ya nada oí.

La noche había cambiado; acercábase la tormenta: refluía el aire por la chimenea y algunas gotas que en el rostro me cayeron, me obligaron á cerrar la ventana. Decidido sin embargo á esperar á Chesterton, acerquémé á la mesa y para engañar el tiempo «probenos, dije para mí, á dibujar tambien una aparición; el momento es inspirador y favorable.» Encendí unas bugías, saqué de su rincon el maniquí, cogí lápiz y papel y púseme á dibujar. Pocas plumeadas había dado cuando la resonante campana de san Pablo marcó las doce. Á la primera campanada creí ver agitarse la ropa de mi modelo, mas como el viento seguía introduciéndose por ráfagas en la chimenea, atribuílo á una corriente de aire. Imagínese empero mi sorpresa, cuando al retumbar el último golpe, vi la figura despojarse de sus ropas blancas, ponerlas con mesura sobre un biombo, coger del caballete la montera, encajarla en su cabeza, y saludándome despues con grave continente, como quien se disculpaba de interrumpir mi trabajo, encaminarse lentamente hácia la puerta y desaparecer. Mas fue asombro que terror lo que experimenté. Dilatáronse mis ojos cuando el ser misterioso se levantó y se cubrió. Petrificado quedé cuando le vi medir con sus pasos el aposento; oía distintamente

los latidos de mi corazón dentro del pecho. Pero fuese que el mucho vino de la francachela hubiese vigorizado mis nervios, fuese cualquiera otra causa, repúsemme del susto inmediatamente. Levantéme en cuanto vi cerrarse la puerta: un poder irresistible me arrastraba á seguir las huellas de la fantasma. Determiné ver el paradero de su nocturna peregrinación y asiendo de mi sombrero, bajé la escalera como quien cede á la irresistible fuerza de violenta pesadilla. Al llegar á la calle solitaria, distinguí la fantasma á treinta pasos delante de mí. Deslizábase con precaución á lo largo de la pared, y seguía yo á la mortecina luz de tal cual reverbero que iluminaba de cuando en cuando su encarnada montera y al rumor de cierto crugido que resultaba de sus movimientos, como si sus articulaciones tomadas de humedad experimentasen en su juego algun embarazo. (*El fin en el siguiente número.*)



Modas.

PARIS 25 DE SETIEMBRE.

SEÑORAS. Hemos visto un hermoso vestido de fulard con grandes dibujos muy variados y de diversos matices. Una peregrina cuyas puntas de delante y detras estaban cogidas debajo del cinturón; otras dos puntas laterales caían sobre los hombros. Esta peregrina y su cuello estaban guarnecidas de un encaje negro de tres dedos de altura: el cinturón iba guarnecido tambien de un encaje que fondeaba sobre la falda y un encaje doble fruncido marcaba á cada lado las faltriqueras. Los puños de las mangas guarnecidos tambien de encaje negro.

— Se siguen haciendo las mangas extraordinariamente anchas de arriba. La única novedad consiste en los adornos que se emplean para estrecharlas por abajo. Se ciñe por medio de puñitos colocados á un dedo de distancia desde el codo, ó cantidad de jaretas pequeñas. Hácense mangas tambien todas anchas de arriba y de abajo, ceñidas solo en el antebrazo por medio de una vuelta de la altura de cerca de un palmo, y que sujeta los pliegues de la manga: párecese mucho esta vuelta á los inmensos puños que se llevaban hace cuatro años. La única diferencia consiste en que la vuelta queda abierta á un lado como la vuelta de un vestido de hombre. Guarnécese esta vuelta comunmente con una guarnición á *frunce* ó un encaje.

— Las faltriqueras vuelven á ser decididamente sino una *moda*, un uso á lo menos introducido: hánlas adoptado muchas señoras. Primero por via de ensayo se figuraron faltriqueras á la parte delantera de la falda, indicando solo el lugar de ellas por medio de un bordado, un encaje ó una guarnición. Poco despues de la imitación vino la realidad. Pusieronse en algunos vestidos de capricho pequeñas faltriqueras que venian á ser un adorno; y comenzóse á echar de ver su utilidad; por último en el día se ponen buenamente en la mayor parte de los vestidos faltriqueras pequeñas, cuya boca se oculta entre los pliegues de la falda, cuando no se quiere hacer resaltar por medio de una guarnición ú otro adorno. En los vestidos de seda se pone en las faltriqueras guarnición de tela semejante á la del vestido. No cabe duda en que dentro de poco se venderán pequeñas bolsas iguales absolutamente á las que llevaban nuestras abuelas, y que se pondrá mucho esmero en la construcción de este nuevo accesorio del *tocado*. Siempre será mas cómodo que las faltriqueras practicadas en el mismo vestido: entonces bastará con marcar en el vestido la abertura de uno y otro lado.

— Algunas señoras siguen empeñadas en resucitar la moda de los bastones. Llévanlos muy ligeros de junco ó cuerno de rinoceronte, y rematados en una esmerada cabeza de oro, con una hermosa ágata ó un escudo de esmalte en que puede gravarse un nombre ó una cifra; puede añadirse una cadenita de oro ó una trenza de seda. Este capricho no está todavía bastante introducido para que podamos decir si llegará á ser una moda.

— Estos días han salido algunas señoras con una feliz innovacion. Han llevado á caballo con los vestidos de amazona una especie de casquete de terciopelo negro, en vez del sombrero de hombre tan desairado para la mayor parte de las fisonomías. Es asombroso efectivamente que un pueblo como París tan amigo de variar en punto á modas y trages no haya osado desechar todavía la costumbre de llevar á caballo el bello sexo el peinado propio de los hombres, siendo tan fácil sustituirle infinidad de invenciones mas ligeras y graciosas. Este será tal vez el primer paso. La copa del adorno de que hablamos cogia sencillamente la cabeza y tenía un borde ó especie de ala igual todo alrededor de cuatro dedos de ancho, adornábalo un accesorio de terciopelo que remataba por delante en forma de tirabuzon. Una carrillera de lo mismo pasaba por debajo de la barba del un lado al otro.

— Muchas señoras llevan á caballo pequeños velos de encaje negro.

— Los guantes para montar deben ser siempre amarillos, ora sean de castor, ora de piel de rengífero.

— En cuanto al látigo los últimos son un verdadero modelo de lujo y de buen gusto; son de seda de granada trenzada, con el mango rematado en una cornalina ó un precioso sello; otros son negros, con cabeza de oro, dispuesta para servir de antejo, ó rematada en una cazoleta que forma la cabeza de un perro. Inspiran poca confianza para domeñar el caballo, pe-

ro nada hay mas gracioso en manos de una amazona.

CAZA. Un cazador de buen tono viste en el día una levita corta de terciopelo negro con faldillas: botones amarillos con dibujos de relieve; en la cabeza solo se deben llevar gorras de terciopelo negro de corte á cachos; visera de terciopelo, y una cinta muaré anudada atras á manera de bucle: llámanse *hunting casquettes* y las han introducido los mas elegantes cazadores ingleses.

— Se hacen para caza sombreros grises de inmensas alas que así cubren la frente como la nuca, y cuyo uso puede solo disculparse en los grandes calores.

— Los látigos y demas objetos de esta especie son de cuerno de rinoceronte, con un silvato unos en el puño, y un sello otros.

MADRID.

La feria, punto de reunion otros años de las elegantes de la Capital, apenas ofrece este año algun dia, algun domingo un conjunto que llame la atencion. El domingo pasado sin embargo víéronse muchas hermosas: entre ellas no podemos menos de citar una que iba lindamente vestida de maja. Vestido de rico alepin; guarnicion de la falda, hombrillos, puños y cinturón de azabache y acero, á picos. Mantilla de blanca y media de paten nacarada. El pelo partido por medio y rizado á tirabuzones muy bajos: claveles encarnados á un lado con alguna hoja de geráneo. Peineta baja. Pañuelo encarnado sobre los hombros. Otra señora llevaba un rico vestido de raso con túnica de blanca negra bordada, mantilla de lo mismo y echarpe de blanca blanca. Llevaba tambien una sombrilla de muaré blanco bordada junto á la contera y todo alrededor de la estremidad de palmas de ojuela de plata.

— Días pasados se presentó en la feria



1



2



3



4



Modas de París

G. P. S. C.

- 1 Sombrero de paja de arroz con plumas. 2 Capota de paja de arroz y gros de Neapoles
 3 Capota de gros de Oriente. 4 Fichu de gros de Neapoles guarnecido de blonda
 con nudos de gasa.

un extranjero con una levita de terciopelo, que hacia muy buen efecto. Esta moda, por su poca duracion y su mucho precio no tomará incremento entre nosotros.

—Recomendamos á nuestros lectores el taller de Mr. Borrell donde encontrarán buen surtido de cortes de chaleco del mayor gusto, de chali, seda &; y de pantalones para la próxima estacion fria, y para ésta de entre tiempo en que estamos.

—Es moda por supuesto concurrir en estos dias á ver el café nuevo y beber en él. Las bebidas nos han parecido hasta ahora buenas, baratas y bien servidas. Sobre todo se distingue singularmente la cerbeza: no nos parece que es fácil hacerla mejor: sabemos que es de la fábrica llamada de S. Fernando, y la recomendamos á los afectos á esta espirituosa bebida. Descámsle al mismo tiempo á este café que no desmerezca nunca de la primera aceptacion con que al abrirse se le ha mirado. Solo un medio tiene para eso: la exactitud y la bondad de sus géneros.

~~~~~

### Teatros.

—

#### REVISTA SEMANAL.

—

CRUZ. — *La Fonda ó la prision de Rochester*, comedia en un acto. — *Las Aceitunas, ó una Desgracia de Federico II*. Idem.

Con estas dos novedades ha dado fin el presente año cómico, interrumpido por el lúgubre acontecimiento de la muerte del Señor Rey Don Fernando VII, que está en gloria. Podemos asegurar que una y otra han competido victoriosamente con cuantas comedias malas se echaron en este año, que no fueron pocas. La primera es una insípida anécdota un tanto cuanto inverosímil, y un sí es no es mal desem-

peñada en escena. Un príncipe regente de Inglaterra destierra á su favorito Rochester por ciertos versos satíricos: el poeta se esconde en una fonda, que arrienda; viene á la fonda el príncipe: un constante quiere prenderle equivocándole con Rochester, y para evitar escándalos el buen señor firma el perdon de Rochester que aquel le arrebató incivilmente de las manos. Con lo cual se da fin á la comedia, pero sin que el público haya querido por esta vez perdonar sus muchas faltas.

Dúdase si la segunda es peor que la primera: á nuestro entender las dos son peores, es decir, peores que todas las comedias que se han escrito y que se han de escribir. Un depósito de dinero escondido en un barril de aceitunas, infelizmente guardado, es el asunto de la segunda. Halo sentenciado mal el alcalde del pueblo donde pasa el caso, y el rey Federico que anda hecho un vago por los campos huyendo de los rusos, y que acierta á caer allí casualmente lo sentencia mejor. Este es todo el argumento. No valia la pena por cierto semejante bagatela de introducir en la escena á todo un Federico II, ni menos de llamar al teatro al público, que ha silvado la segunda, como la primera. El desmenuzar mas estas comedias, el relatar su débil intriga mas por menor, fuera darles una importancia que no pueden tener, sobre todo en circunstancias en que mas altas consideraciones nos ocupan; y el ésgimir contra ellas el azote jovial y burlesco de la sátira fuera desconocer la inoportunidad de la chanza y de la chacota, en momentos en que el dolor ocupa los corazones todos de la capital.

➤➤➤➤

Noticias diversas.

Sabemos que la prensa litográfica española se ocupa en el día en una colección de seis estampas grandes que deben ver la luz pública dentro de poco. Tenemos en el mérito de esta obra artística toda la confianza que puede inspirarnos el acreditado establecimiento litográfico del señor don José Madrazo. La colección consta de las láminas siguientes:

- 1.ª La Jura del Rey D. Fernando VII de Borbon, en san Gerónimo.
- 2.ª La Jura de la Serenísima señora Princesa su augusta hija y heredera, actualmente nuestra Reina, en el mismo monasterio.
- 3.ª Entrada de los caballeros en plaza en la Real de Madrid en las pasadas fiestas Reales.
- 4.ª Los caballeros en plaza quebrando rejoncillos.
- 5.ª La función de los caballeros maestranes verificada en la plaza extramuros de la puerta de Alcalá.
- 6.ª El Simulacro.

— Mademoiselle Taglioni está de vuelta en Paris y ha sido acogida con mil aclamaciones de entusiasmo en la *Silfida*:

Se ha sobrepujado á sí misma en gracia y en ligereza.

— La *Carolina Ungher, Schulz, Soprani, y la Fanti*, *contralto* á quien solo se conoce por reputacion en Paris, están ajustados en esa capital para cantar en este año cómico que deberá concluir el 31 de marzo de 1834, en compañía de Rubini, Tamburini, Santini y la hermosa Julia Grisi.

— Deben representarse en Paris la *Norma de Bellini y Parisina de Donizetti*.

— Acaba de lograr un brillante éxito literario una novela italiana titulada *Hector Fieramosa* del señor Azeglio. No se lee otra cosa en Milan y en Italia. El asunto está sacado de los fastos históricos de Italia del siglo XV.

— Por el *Metéoro*, barco de vapor inglés que ancló en Ancona el 11 del pasado, se sabe que en Constantinopla estalló una revolucion á fines de agosto último, en la que han sido presa de las llamas 6000 casas. El sultan se ha refugiado al arrabal de Pera.

— S. M. la Reina Gobernadora de estos reinos, en nombre de su augusta Hija, ha mandado vestir lutos generales por seis meses.

Este periódico sale todos los miércoles: dá 22 láminas cada trimestre, á saber: 9 figurines de señora, 3 de hombre, 3 de prendidos, 3 de dibujos, 1 de trages nacionales, 1 de libreas, 1 de carruages ó muebles, y 1 de niños.

El precio de la suscripcion es de 54 reales por tres meses, 100 por seis, y 194 por un año, recibiendo los señores suscriptores los números en sus casas. Se suscribe en la oficina de dicho periódico calle de Preciados, número 12, cuarto segundo, frente á la compañía de librerías; y en las librerías de *Hermoso y Razola*, donde se venden los números sueltos á 5 reales cada uno.

El precio del abono para las provincias es con el aumento de 4 reales al mes, y se suscribe en las librerías siguientes:

|                          |                           |                        |
|--------------------------|---------------------------|------------------------|
| BARCELONA, Bergnes y C.ª | MALAGA, Martínez Aguilar. | SANTIAGO, Compañel.    |
| BILBAO, Jáuregui.        | MURCIA, Benedicto.        | SEVILLA, Hidalgo y C.ª |
| BURGOS, Villanueva.      | OVIEDO, García Longoria.  | VALENCIA, Ferris.      |
| CADIZ, Hortal y C.ª      | PAMPLONA, Longas.         | VALLEADOLID, Pastor.   |
| GRANADA, Sanz.           | SALAMANCA, Blanco.        | ZABAGOZA, Polo.        |

Y ademas en todas las oficinas de los Boletines Oficiales.

A este número acompañan los figurines números 23 y 24.